

LOS VALLES CALCHAQUÍES REVISITADOS

Ana María Lorandi

No es un ejercicio fácil el que voy a intentar. Y no lo es porque después de tantos años no se ha producido una revisión global, realizada por otros autores, que cuestionaran nuestras proposiciones de fondo. Los estudios etnohistóricos más recientes han sido puntuales y tampoco existen síntesis arqueológicas que nos permitan revisar nuestro esquema. Por eso espero que entre todos podamos construir una versión más ajustada en base a nuevos datos ahora disponibles.

En primer lugar haré algunos comentarios sobre nuestros dos trabajos originales. Aquellos que publicamos en Runa XVII-XVIII, de 1987-1988 con Cora Bunster y Roxana Boixadós.

Veamos en primer lugar el trabajo con Roxana. No viene mal reconstruir la historia del trabajo en sí mismo. Cuando descubrí el largo expediente del proceso a Pedro Bohorques, me di cuenta de que la campaña emprendida por el gobernador Alonso de Mercado y Villacorta para terminar con los 130 años de resistencia calchaquí contenía una información muy detallada y valiosa. Lo primero que hice fue proponerle a Roxana, que por esos años se iniciaba en la investigación, que tratara de individualizar y localizar a los grupos más pequeños que no aparecían en la bibliografía más corriente. A partir de esta tarea inicial, necesariamente, Roxana comenzó a generar cada vez más preguntas sobre las que yo no tenía respuestas. Y así se hizo evidente que era necesario tratar de indagar sobre los vínculos que existían entre esas poblaciones más pequeñas y los grandes grupos más conocidos y a partir de allí tratar de descubrir la estructura étnico-política de la región.

El resultado, fundamentalmente motorizado por la puntillosa y responsable inquisitoria de Roxana, es lo que finalmente publicamos. Los objetivos, vagos o confusos en las primeras

etapas, culminaron en la construcción de un mapa étnico para todo el valle, tanto en su sector norte o Calchaquí propiamente dicho, como en el sur o Yocavil, hoy Santa María, y en una discusión sobre los tipos de relaciones que habían mantenido los distintos grupos entre ellos, así como con respecto a sus respectivos orígenes.

A medida que avanzábamos tuvimos que ir tomando decisiones. El espacio era muy amplio, los grupos muy numerosos y la complejidad de las relaciones nos aconsejaba poner algunos límites a nuestros objetivos, ya que no a nuestras inquietudes que quedaron como problemas pendientes para una segunda etapa que, por diversas razones, nunca se concretó. Y el límite fue el de identificar los vínculos entre los distintos grupos y a través de ellos privilegiar un análisis político-estructural. Por eso consideramos que el marco teórico más adecuado era el ofrecido por Frederic Barth, bajo el esquema interactivo. En ese momento ya nos preocupaba que fuera un esquema que se cerraba en el problema de las autoidentificaciones y en las identificaciones por otros y que dejaba afuera los problemas culturales como tales. Pero la evaluación final fue, en parte por lo que ya dije, había que acotar los objetivos y también porque, dado ese objetivo puntual, la propuesta de Barth era la única salida, en tanto que, salvo contadísimas excepciones, la voz de los indígenas estaban siempre mediadas por la de los españoles, aún en los casos en que éstos asumieran categorías aportadas por ellos mismos u otros indígenas. Este tema, sin duda podría ser ampliado en la discusión que tendrá lugar en esta reunión.

Por otro lado también resultaba evidente que los Autos de la campaña de Mercado y Villacorta tenían la ventaja – y desventaja – de ofrecer una visión sincrónica de la estructura política. Lo que lográbamos con ese análisis era una etnografía histórica de la situación en 1659. Era una fotografía o imagen estática. Fue necesario, entonces, dinamizar esta imagen, transformarla en un film. Fue así que recurrimos a otras fuentes más tempranas, y a la arqueología, para lograr una relativa diacronización y tratar de entender el proceso de la ocupación del espacio y de las relaciones interétnicas, al menos desde el momento de la ocupación incaica de la zona. Esto se logró parcialmente con

la identificación de los mitimaes incaicos y de los advenedizos o migrantes que buscaron refugio en el valle durante el período colonial, todo lo cual nos permitió comprender que muchos de los conflictos que los españoles habían observado – y estigmatizado fuertemente – durante el largo siglo de infructuosas conquistas, se debían principalmente a la presencia de estos grupos extraños al valle que habían adquirido tierras y privilegios gracias a la intervención cuzqueña y en desmedro de los derechos de los originarios.

No obstante, la primera deuda que dejamos pendiente fue la de trabajar con otros tipos de fuentes que permitieran profundizar los aspectos culturales, sobre todo simbólicos, de las poblaciones que estábamos investigando y que también merecían una mejor revisión a partir de la lectura de algunos los trabajos ya publicados. Creo que, de todas maneras, hay nuevos aportes que en parte han llenado este vacío y no solamente en los aspectos culturales de las poblaciones del valle.

Veamos ahora algunos puntos sobre los que creo que no prestamos excesiva atención desde el punto de vista teórico. A mi juicio no evaluamos correctamente el concepto de grupo étnico, aunque tuvimos algunos reflejos incentivados por la propia naturaleza de los datos que manejábamos. Si bien el concepto de grupo étnico aparece escasamente utilizado en el texto escrito con Roxana, sí lo es en el otro realizado con Cora Bunster y es cierto que no lo revisamos a fondo, sobre todo en los apartados introductorios donde exponemos los principios generales de nuestros respectivos trabajos.

Desde el inicio hay que considerar que el concepto adolece de sensible vaguedad cuando se lo utiliza como categoría clasificatoria. Y la vaguedad nace de una pretendida neutralidad que permite eludir categorías como la de tribu, o jefaturas que han sido construidas para otras sociedades que resultan ajenas al medio andino. Así, la de grupo étnico tanto ha sido aplicado para identificar a macroetnias que compartían la misma lengua o cultura como a entidades organizadas territorialmente y con autoridades constituidas que por efecto de las convivencias e historias compartidas

construyeron identidades adscriptivas. El término etnológico de “grupo étnico” es tan inasible por momentos, como el de “ayllu” en lengua quechua. Ayllu identifica tanto a una entidad políticamente organizada como a sus segmentos (mitades, cuartos, triparticiones, etc., llegando a los linajes). En el uso de la categoría grupo étnico, los componentes organizativos e históricos que permiten recortar a los grupos y diferenciar unos de otros ha quedado con frecuencia oculto en una concepción más laxa de tipo cultural. Se debe reconocer, no obstante, que ha sido usado en ambos sentidos. El problema es que en la mayoría de los casos no se ha expuesto con claridad las bases empíricas y los principios que justificaban el uso del concepto como categoría clasificatoria y los límites con los que se lo aplicaba.

Nathan Wachtel (1992) ha presentado un revisión muy interesante del concepto de grupo étnico, tratando de quitarle el esencialismo con el que se le maneja y otorgándole mayor dinamismo a las relaciones que sus miembros entablan al interior de un grupo y por fuera del mismo. Sostiene que las identificaciones y adscripciones, en suma, dependen de los procesos internos de convivencia, sobre todo de la historia o las tradiciones particulares compartidas, por un lado y por el otro, de las coyunturas político-administrativas externas (esto es válido para cualquier período pre o post colonial) que recortan los límites de acción de cada grupo y a su vez definen los de las autoridades que encabezan a esos grupos. Así, las identidades sin ser totalmente coyunturales, están influidas o parcialmente condicionadas por las situaciones a las que están sometidas las vidas de sus miembros.

Asimismo, Guevara Gil y Salomón han publicado un trabajo sobre la influencia de las visitas fiscales en la definición (o formación en definitiva) de “grupos étnicos” coloniales. En nuestro caso, la adjudicación de encomiendas en nuestras regiones del NOA, han jugado un papel similar, recortando grupos que a veces pertenecían a entidades más amplias u organizaban otras nuevas integradas por grupos pequeños o segmentos de otros mayores reunidos artificialmente. En ocasiones esto se hacía sobre la única base del reparto de los caciques, con el aditamento de frases tales como: “el

cacique [fulano] con su pueblo principal y los sujetos a él"; o bien en base a pueblos conocidos "por noticias", "con los caciques que tuviere". En los valles Calchaquíes estas encomiendas no se hicieron prácticamente efectivas hasta después de que finalizaran las campañas de 1659 y 1665 (salvo en el caso de los pulares), pero estas asignaciones no dejaron de influir con frecuencia en las identificaciones que nos fueron transmitidas.

Este último ha sido un problema crucial en el método de trabajo adoptado y su relación con las dificultades de identificación provocadas por las fuentes. Hay que insistir, como lo hicimos en el texto original, que no existieron relaciones de "comensalidad" (para usar un término de Aguirre Beltrán), de contacto directo y frecuente de los españoles¹, con estas poblaciones hasta después de las desnaturalizaciones de finales del siglo XVII, pero ya en condiciones totalmente distintas no homologables o difícilmente homologables a las que habían prevalecido hasta ese trágico momento.

Y conviene siempre recordar, en esta línea de razonamientos, que las divisiones política no son necesariamente acompañadas por diferencias culturales. Más bien, lo corriente es el caso contrario: un número variable de unidades políticas que comparten los mismos patrones culturales y/o lingüísticos, tema sobre el cual insistimos largamente en nuestra introducción, sobre todo para no repetir lo que en su momento consideramos como los errores que con frecuencia se observan en las publicaciones de los arqueólogos que los ha inducido a hablar de "señoríos", una categoría social que implica una estructura mucho más compleja que la que pudimos identificar en nuestra "fotografía etnográfica". Ahora me parece excesiva esa crítica y, aunque parcialmente justificada, también hay que comprender que la arqueología ofrece tantas pruebas de homogeneidad cultural como las fuentes etnohistóricas de fragmentación política. Por eso un punto crucial sería encontrar un mejor balance entre

¹ Excepto en el caso de las misiones jesuitas, cuyos datos sobre todo culturales fueron dejados de lado por la necesidad de acotar los objetivos ya mencionado.

estructura política y patrones culturales, y creo que ese, más que otros detalles puntuales, debería ser el mayor desafío para el futuro, teniendo siempre en cuenta los efectos desestructurantes de la dominación incaica en la zona.

Más arriba he dicho que tuvimos algunos reflejos para evitar esencialismos y que éstos provenían de la propia naturaleza de los datos, sobre todo por la forma en que los españoles identificaban a cada uno de los grupos con los que mantenían relaciones. El trabajo paralelo que realizamos con Cora Bunster, hecho también por su propia iniciativa, nos ayudó a evitar errores y a manejarnos con prudencia.

En ambos trabajos dejamos claramente establecido que era crucial no aplicar de manera acrítica conceptos o categorías de análisis utilizados en los Andes centrales. Rápidamente nos dimos cuenta de las diferencias y de la necesidad de construir el propio glosario de categorías. En paralelo había que evaluar las diferencias en las fuentes, puesto que no sólo no se trataba exactamente del mismo tipo de agrupaciones², sino que por eso y otras razones de política colonial, las fuentes eran radicalmente diferentes. En suma mucho más escasas y de contenidos más pobres.³ Y, aunque creo que la metodología fue lo más rigurosa y sutil posible dados nuestros conocimientos de ese momento, algunos de esos análisis podrían ser revisados a la luz de la experiencia posterior.

Lo más rico del estudio realizado con Cora Bunster, fue poder señalar los cambios de las percepciones del nuevo espacio social, desde los relatos sobre las primeras entradas en las que predominaban las identificaciones basadas en las grandes provincias incas, a las posteriores donde alternaban identificaciones macro-étnicas y micro-étnicas. Identificamos la polisemia del término provincia que avanzando el siglo y el proceso de conquista designaba tanto territorios

² Aquí habría que insertar comentarios sobre la falacia de uniformizar "lo andino" dentro de un solo patrón sociopolítico o cultural, pero no es el lugar para extendernos sobre este tema.

³ Podemos recomendar los trabajos de Schaposchnik (1991) y Nacuzzi (2002) que se ocupan de los problemas que plantean este tipo de fuentes, sus límites y posibilidades.

administrativos coloniales como macroetnias y comprendimos que su sentido estaba fuertemente ligado al contexto discursivo de cada texto. En la revisión que publicamos en *Histórica* de Lima, desarrollamos también la polisemia del término valle, que tanto se aplica a una conformación geográfica como a un segmento de valle o a un territorio acotado por la ocupación de un determinado grupo o cacique. El ejemplo más claro es la designación de valle Calchaquí que proviene del nombre del cacique Juan Calchaquí, siendo que ningún grupo se autoidentificó ni fue identificado por otro con ese etnónimo.

Finalmente el término “parcialidad” que le sirvió a los españoles de comodín para expresar que un grupo era “parte” de una unidad mayor que sólo ocasionalmente se mencionaba. Esta forma de identificación fue el principal freno para resguardarnos de usar el de “grupo étnico” en el trabajo con Roxana. Parcialidad identificaba una cantidad de niveles muy diferentes, desde la parcialidad “diaguita” como macroetnia diferente de otras macroetnias, o los “quilmes” como parcialidad “diaguita” o calchaquí. Las combinaciones fueron muchas y muy variados los sentidos, sólo el contexto discursivo permite orientar la interpretación de estas designaciones. Fue además el obstáculo metodológico más difícil de resolver.

Otros términos eran menos oscuros o vagos. Así pueblo siempre era utilizado en el sentido de aldea, que contrastaba con el sitio o puesto que generalmente se aplicaba a terrenos de cultivo un poco alejados del núcleo principal de las viviendas.⁴

Este balance y relectura hechos 15 años después, me permite apreciar que el que hicimos fue un ejercicio válido y que todas las regiones merecerían una aproximación general de este tipo, en base a las condiciones de colonización particulares de cada una y de los tipos de fuentes disponibles. No es propiamente un análisis del discurso, pero nos aproxima y alerta sobre las formas de

⁴ Podían identificar terrenos ubicados en distintos pisos ecológicos sin habitación permanente.

expresarse y nos señala el camino de las interpretaciones posibles sobre los procesos que estamos analizando.

Pasemos ahora a la producción posterior y a las novedades (no muchas) que introdujimos. La primera es la síntesis que redacté para el Tomo I del libro *Tucumán Colonial y Charcas*. Era obvio que no podíamos reproducir in extenso los trabajos originales como lo hicimos con otros previamente publicados. El propósito del libro era ofrecer una visión global de las investigaciones de todo el equipo en el período de los diez años transcurridos desde que iniciamos el grupo.⁵ En ese trabajo resumí las conclusiones no sólo de los que hicimos con Cora y Roxana sino también del que ésta última escribió con Miguel Ángel Palermo sobre los quilmes trasladados a las proximidades del puerto de Buenos Aires. En este trabajo los autores tuvieron acceso a un interesante documento: un pleito por sucesión del cacicazgo que aportó los únicos datos que hasta ahora tenemos sobre las pautas tradicionales sobre este tema y a la vez las estrategias implementadas para adaptarlas a los principios sucesorios de la legislación española.

Otra de las novedades fue la identificación precisa del origen de algunos mitimaes trasladados al valle por los incas. En particular la de los paciocas, es doblemente importante. En primer lugar porque fueron los que acogieron a Pedro Bohorques cuando se instaló en el valle. En segundo lugar porque disponíamos de referencias publicadas por Pedro Lozano, pero demasiado vagas para darle todo el crédito. Mercedes del Río localizó un documento⁶ sobre grupos de Oruro u Orurillo que habitaban en las proximidades de Sicuani, en la provincia de Canas al sur del Cuzco, que respondían al apelativo de mapaciocas. De esta forma pudimos cerrar el círculo que Lozano había dejado abierto. La proximidad de Sicuani con el Cuzco y el patrón más “andino central” de este grupo, permite también explicar que

⁵ Abarca el período 1985-1995, aunque el libro se publicó dos años después.

⁶ Este documento se encuentra en el Archivo General de la Nación. Había sido clasificado erróneamente como de Oruro de Bolivia. del Río pudo identificar el error. (Archivo General de la Nación, Padrón de Oruro 1604-1786. Sala 13, 17-1-4. Repartimiento de Horuro).

hayan asumido el mensaje de recuperación del Inca que les traía Bohorques y el apoyo que le brindaron. En un trabajo posterior que realizamos con María de Hoyos que comentaré más adelante también localizamos paciocas en la zona de San Carlos, donde controlaban grandes extensiones de algarrobales. Esto refleja, entonces, que este grupo había tenido una importancia crucial en el control del valle en tiempos incaicos y que conservaba parte de su poder en el período hispano-indígena.

La confirmación del origen de los paciocas condujo también a presentar algunas alternativas al análisis de la estructura jerárquica de los pueblos originalmente encabezados por el cacique Juan Calchaquí, los tolombones, paciocas y colalaos. En esta versión – síntesis – se plantea la posibilidad de que este grupo haya tenido o bien una estructura binaria o tripartita y se discuten los pro y contras de cada opción, con algún nuevo apoyo bibliográfico.

El tema de los mitimaes se vio enriquecido porque además de incorporar otros datos etnohistóricos, éstos se completaron con nuevos análisis realizados por Beatriz Cremonte sobre fragmentos de alfarería de estilos originarios del sur de Bolivia o de las yungas juríes del Tucumán. Cremonte pudo probar que la alfarería de estilos alógenos encontrada en los sitios incaicos eran fabricados localmente, hecho que fue considerado una prueba suplementaria del traslado de los artesanos que las elaboraban y desechar la idea del intercambio de piezas apreciadas por su calidad técnica y su valor simbólico.

Debido a mi posterior investigación sobre la participación de Pedro Bohorques en el último episodio de las guerras calchaquíes, pude lograr una localización más precisa de un famoso santuario, llamado la Casa Blanca. Los datos coinciden con la localización y descripción de las estructuras en piedras rojas, blancas y grises descritas por Tarragó en las alturas de Rincón Chico (Tarragó 1987) y que atribuimos a los anghinaos.

A partir de estas novedades el trabajo plantea una discusión renovada sobre el impacto inca en el territorio y como corolario también, sobre la presencia y el rol disturbador de

los antiguos mitimaes ahora llamados “advenedizos”, un tema que también había ocupado muchas páginas en el escrito original.⁷

Así como el conjunto de estos trabajos pudieron aportar nuevos conocimientos sobre la estructura interna de las entidades que poblaban los valles, también dejaron abiertos una serie de interrogantes. Por ejemplo, la fuerza de las reglas de parentesco y sus correlaciones con la identidad. El caso de los cafayates emigrados desde el sur del valle y acogidos por los quilmes y los matrimonios interétnicos que se entablaron entre ellos, nos alerta contra todo esencialismo cultural, aunque la escasez de los datos no permite cerrar el problema.

Como lo adelanté más arriba, con María de Hoyos presentamos un nuevo trabajo en el Congreso Internacional de Americanistas de Estocolmo en 1994, publicado en 1996. En ese caso de Hoyos aportó importantes datos provenientes de la sierra del Cajón que nos permitió contemplar las relaciones transversales de las poblaciones del valle central, uniendo el Cajón con las vertientes orientales del Aconquija. En ese trabajo presentamos un modelo que proponía la relativa autosuficiencia de esas poblaciones, gracias a la posibilidad de obtener simultáneamente recursos de ambientes de altura – pastos, agricultura de tubérculos y quínoa – el maíz y algarrobo de la cuenca central y una vez más, pastos en Tafí y maderas y alucinógenos en la vertiente oriental. Con desplazamientos de uno o dos días de camino, los pueblos asentados en las márgenes de los ríos Yocavil y Calchaquí podían completar un control de recursos que facilitaba una relativa independencia económica. Estas condiciones especiales les permitieron subsistir en tiempos coloniales y resistir con éxito las presiones españolas durante más de un siglo. Los estudios de María de Hoyos en el Cajón permitieron identificar los ciclos de trashumancia, las rutas de acceso del valle a la Puna y también las rutas norte-sur por las praderas de altura. Se analizaron además los productos coloniales incorporados a la economía indígena, siempre autocontrolada. Retomamos el concepto de valle en sentido

⁷ A esto hay que sumarle los problemas de grafías diferentes. Por ejemplo en la identificación de los “advenedizos” queda pendiente una discusión sobre si los anghinaos y los angingastas eran grupos diferentes o el mismo grupo con localizaciones y nombres parcialmente diferentes.

acotado, que ya había identificado con Cora Bunster y localizamos menciones precisas, por ejemplo el valle de Tolombón, que permiten comprender la dinámica de la ocupación del espacio en el sentido transversal al del valle central.

El nuestro fue un trabajo agotador y al finalizarlo, aunque como siempre pensamos que estaba incompleto, comprendimos que era necesario alejarse del tema momentáneamente antes de intentar un nuevo abordaje. Pero la marea de los acontecimientos y de las historias personales arrastró a las dos colaboradoras fuera del valle y yo me quedé prendida o tal vez “prendada” de Pedro Bohorques, pero ya mirando a sus indios en su tremenda desesperación por preservar su autonomía, defendida y en este caso es verdad, hasta el límite de sus fuerzas.

Referencias

Guevara Gil, J. A. y F. Salomon (1996) “La visita personal de indios: ritual político y creación del “indio” en los Andes coloniales”. *Cuadernos de Investigación*: 1, Pp. 6-48. Lima, Instituto Riva-Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú.

Lorandi, A. M. (1997a) *De Quimeras, Utopías y Rebeliones. La gesta del Inca Pedro Bohorques*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.

Lorandi, A. M. (comp.) (1997b) *Tucumán Colonial y Charcas*. Buenos Aires, Edición de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires

Lorandi, A. M. y R. Boixadós (1987-1988) "Etnohistoria de los valles Calchaquíes en los siglos XVI y XVII". *Runa*, 17-18, Pp. 227-424. Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Lorandi, A. M. y C. Bunster (1987-1988) "Reflexiones sobre las categorías semánticas en las fuentes del Tucumán colonial", *Runa*, 17-18: 221-262. Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Lorandi, A. M. y C. Bunster (1990) "Reflexiones sobre las categorías semánticas en las fuentes del Tucumán colonial". *Histórica*, 14: 2. Pp. 281-317. Lima. Pontificia Universidad Católica del Perú

Lorandi, A. M. y M. de Hoyos (1996) "Complementariedad económica en los valles Calchaquíes y del Cajón, siglos XV- XVII". En: *Colonización agrícola y ganadera en América*, L. Escobari de Querejazu (coord.), Quito, ABYA-YALA. Pp. 385-414.

Lorandi, A. M., R. B., C. Bunster y M. A. Palermo (1997) "Los valles Calchaquíes". En, *Tucumán Colonial y Charcas*. Lorandi, A. M. (comp.). Buenos Aires, Edición de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires. Pp. 205-252

Lorandi, A. M. y B. Cremonte (1991) "Evidencias en torno a los mitmaqkuna incaicos en el Noroeste argentino". *Anthropologica*, 9. Pp. 213-243. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.

Nacuzzi, L. (2002) "Leyendo entre líneas: una eterna duda acerca de las certezas". En: *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina*. S. Visacovsky y R. Guber (comp.), Buenos Aires, Editorial Antropofagia. Pp. 229-263.

Palermo, M. A. y R. Boixadós (1991) "Transformaciones en una comunidad desnaturalizada: los Quilmes, del Valle Calchaquí a Buenos Aires". *Anuario del Instituto de Estudios Históricos y Sociales*, 6, Pp. 13-42. Tandil. Universidad Nacional del Centro de Buenos Aires.

Schaposchnik, A. (1991) ¿Cómo trabajamos con fuentes de escasos datos? Reflexión metodológica. *Historia y Cultura* 20, Pp. 19-41. Coroico/La Paz, Sociedad Boliviana de la Historia/Ed. Don Bosco.

Tarragó, M. (1987) Sociedad y sistema de asentamiento en Yocavil. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, 12. Pp. 179-196. Buenos Aires.

Wachtel, N. (1992) Note sur le problème d'identités collectives dans les Andes meridionales. *L'Homme*, XXXII année, numéros 122-124. Pp. 53-74. Paris, Collège de France,

APÉNDICE

LA CASA BLANCA

Autos Pedro Bohorques, Archivo General de Indias, Charcas 58, primer cuaderno, folio 49-50.

(los indios le han manifestado) "una guaca, o, entierro que está en el Pueblo de los quilmes fundación antigua de los Reyes ingas a donde fue la cabeza de dicho Valle de Calchaquí perteneciente a los pasiocas, y dicha guaca está un cuarto de legua de la Casa del Cacique Principal de los dichos quilmes nombrado Don Martín Yquim que puesto en ella mirando al poniente hacia la sierra se divisa un cerro pequeño apartado de la serranía grande hacia el lado derecho de la quebrada por donde baja el agua de dicha sierra a dicho pueblo, y está dicho cerro referido todo de pirquería antigua hasta el pináculo y la dicha guaca está llena de estatuas de indios e indias de cuerpo grande entero hechas de manera de algarrobo, y muchos carneros de la tierra Cabezas de leones y otros animales destroncados de piedra tosca. Y la otra guaca, o adoratorio que esta yendo de este pueblo de los quilmes para el de anginjau, antes de llegar a la casa del cacique de dicho pueblo, Don Pedro Acchoca en un población y caserío de piedra que está sobre la mano derecha viniendo valle arriba como refiero encima de dicho pueblo antiguo está dicho adoratorio encima de un cerro tajado adonde dicen comió dicho ynga y bebió con el sol, las cuales dichas guacas entierros, o, adoratorios en conformidad de las Reales Cédulas y ordenes de Su Majestad manifiesto ante nuestras señorías para que por dicha manifestación, y en virtud de dichas Reales Cédulas, y particularmente de la despachada en la Villa de Valladolid a veinte y un días del mes de mayo de mil y quinientos y cuarenta y cuatro años se me admita dicha manifestación y por ella se me guarde el derecho que tengo a dichas guacas entierros, o adoratorios, y a la parte que como a los demás descubridores me debe pertenecer por ella. A vuestra señoría suplico haya por manifestadas dichas guacas entierros, o, adoratorios y en su conformidad me admita por parte en la que me debe pertenecer de dichas manifestaciones provea según justicia que pido y en lo necesario &. Don Pedro Bohorques. Admítese al Capitán Don Pedro Bohorques la manifestación que hace de estas guacas entierros ,o, adoratorios, y en su conformidad y de las reales cédulas que cita se le guarde el derecho que le pertenece a la parte de Su Majestad señala en dichas Reales Cédulas a los descubridores (...).

